

## **DECLARACIÓN DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA ANTE LA PLATAFORMA REGIONAL PARA LA REDUCCIÓN DE DESASTRES**

De nuevo los países de América y del mundo acudimos a una serie de encuentros para analizar el impacto que los desastres están dejando en nuestras sociedades y la eficacia de los esfuerzos nacionales, regionales y globales que se vienen dando luego de que la Asamblea Nacional de las Naciones Unidas declarara lo que en la última década del siglo pasado fuera conocido como El Decenio Internacional para la Reducción de Desastres "Naturales" y, que hoy conocemos como la Estrategia Internacional para la Reducción de los Desastres.

Desde luego que este nuevo esfuerzo es un signo indiscutible de perseverancia en el compromiso de abordar este importante reto para el desarrollo global, y eso debe celebrarse. Sin embargo, no es posible obviar esa sensación agri dulce que nos produce el que, a pesar de estos esfuerzos, se sigan dando evidencias a diario que indican que si bien durante el último decenio los esfuerzos por reducir los desastres han logrado algunos avances importantes y más o menos puntuales en lo que a la morbi-mortalidad se refiere en algunos países, nuestros escenarios de riesgos Socionaturales y el modo como estos siguen propiciando la ocurrencia de desastres, penosamente siguen aumentando con el pasar de los próximos años.

Es lastimoso evidenciar que a pesar de todos estos años de esfuerzos sostenidos, seguimos demostrando nuestra incapacidad de reconocer y de abordar integral y sistémicamente las múltiples dimensiones del proceso de construcción social del riesgo. Seguimos siendo poco contundentes a la hora de reconocer y de actuar, más allá de lo discursivo, ante la insensatez del modelo de desarrollo imperante y el impacto ineludible que dicho modelo de desarrollo tiene en términos de consolidar tres ejes neurálgicos y determinantes de la vulnerabilidad de nuestros pueblos y que son la degradación ambiental, la pobreza y la exclusión.

No es posible desconocer que los procesos globales de carácter ambiental, político y social que hoy vivimos, como es el caso del cambio climático, los efectos de la globalización económica sobre el entramado de las sociedades y sus entornos territoriales, la hasta ahora irreversible y acentuadamente perniciosa tendencia a la urbanización del mundo, el desplazamiento masivo y desesperado de las comunidades más excluidas buscando formas marginales de subsistencia económica, indican que en el futuro próximo seremos testigos y posiblemente protagonistas de nuevos, más frecuentes y más complejos desastres.

A la hora de señalar algunos de los elementos que hoy mantienen esta suicida tendencia es necesario reconocer lo poco eficientes que hemos sido ante el reto de pasar de lo reactivo ante el desastres, a lo prospectivo y correctivo ante el riesgo. Y es que, sin restarle valor al avance que ha permitido que la gestión integral del riesgo, al menos discursiva y normativamente venga ocupando espacios cada vez más significativos entre los gobiernos y las sociedades, en la práctica seguimos evidenciando con vergüenza como la mayor parte de los recursos y esfuerzos se siguen dedicando a la preparación y a la respuesta a las contingencias.

Este es un llamado que se viene haciendo desde hace años por parte de distintos expertos y conocedores mundiales, y muy particularmente por investigadores regionales como los que integran la Red Latinoamericana de Estudios Sociales para la Prevención de Desastres LARED. De hecho, en uno de sus manifiestos, este grupo sugería a manera de metáfora que no es posible ante el riesgo que para una embarcación representa un naufragio, que los esfuerzos se concentren exclusivamente en la adquisición de botiquines, de botes salvavidas y de flotadores, mientras se descuidan las grietas por donde cada vez, le está entrando más agua al casco de un barco.

Desde luego que experiencias como la del Titanic demuestran las consecuencias nefastas de no contar con un número suficiente de botes salvavidas, sin embargo la clave para la sostenibilidad de una embarcación esta en poner la máxima atención sobre el cumplimiento de las normas técnicas de construcción, evitar y corregir a tiempo errores de los armadores, fomentar entre los oficiales la detección y/o corrección de sus deficiencias como navegantes y advertirles sobre el peligro de confiar de manera excesiva en la invulnerabilidad de su navio, etc. Todo ello obedece a un principio fundamental que aún no logramos internalizar: El objetivo de la gestión del riesgo, más que centrarse en salvar al mayor número posible de náufragos, debe poner todo su esfuerzo en evitar los naufragios.

También añade LARED que una verdadera gestión del riesgo, lejos de limitar su mirada a lo que ocurre a lo interno de la embarcación y su mantenimiento, presta particular atención y actúa decididamente sobre la calidad del entorno en que se navega. Ello es lo que justifica las obligatorias alianzas que deben darse entre quienes nos dedicamos a la gestión del riesgo y quienes se dedican a la gestión sostenible del ambiente, y ello es lo que hace cada vez más necesario el establecimiento y el respeto irrestricto a convenciones como la de Kioto, al igual que otros acuerdos e instrumentos nacionales e internacionales encaminados hacia objetivos similares.

Finalmente, la mayor riqueza de la metáfora que aquí referimos parte de la dolorosa realidad que nos demuestra que eso que hoy llamamos desarrollo, está cada vez más lejos de satisfacer las necesidades básicas de la mayor parte de los habitantes del mundo, y que esto es un hecho que se traduce en la aparición de viejas y nuevas vulnerabilidades. El asunto aquí es que los beneficios de la concepción vigente de desarrollo se limitan cada vez más solo a quienes pueden pagarlos – que son los pasajeros de las cubiertas superiores del barco de nuestra metáfora – mientras que un número cada vez mayor de integrantes de la especie humana parecen condenados a viajar en la sentina. Es entonces, cuando estos excluidos y olvidados, en su afán de ver la luz del sol, de respirar aire puro y de asegurarse un paisaje mínimamente digno para el viaje, proceden a abrirle nuevos agujeros al casco, exponiendo con ello a niveles inaceptables de riesgo en todo el sistema.

Es así como las vulnerabilidades de unos, al no ser debidamente atendidas, se convierten inevitablemente en las amenazas de otros, y es ello lo que explica por qué las dinámicas de la “informalidad”, que se manifiestan con fuerza en muchos de nuestros países, como distintas expresiones de la lucha por la supervivencia de las comunidades marginadas, pasan por encima de herramientas de gestión territorial y ambiental, en las cuales la gestión del riesgo suele basar muchas de sus esperanzas.

Para la República Bolivariana de Venezuela, estas ideas de LARED tienen hoy por hoy una vigencia absoluta. Creemos que el abordaje de esta temática sigue estando ausente en los distintos foros, organismos e iniciativas internacionales que promueven la reducción de los desastres. Creemos también que es necesario debatir a fondo tanto la forma como el fondo de los principios que rigen el funcionamiento de estas iniciativas. Es un imperativo moral el que fomentemos una discusión que nos permita transformar unas estructuras vigentes para la reducción de los desastres que se han vuelto con los años cada vez más burocráticas, justificando su desempeño esencialmente en el desarrollo de foros, reuniones, talleres, declaraciones y encuentros, en algunos casos de dudosa utilidad, mientras que nuestros pueblos siguen viviendo de calamidad en calamidad.

Hermanos todos. Hoy por hoy tenemos el reto histórico de dar un nuevo paso hacia adelante en el camino a la reducción de los desastres e la sostenibilidad. Un paso que nos lance de lleno al plano de lo praxológico y que desde allí nos permita actuar verdaderamente sobre el riesgo de desastres como lo que es: un condicionante de sostenibilidad de todo esfuerzo sectorial de desarrollo y que estar presente en toda iniciativa política, económica y/o social.

Debemos desde luego seguir fomentando aquellos esfuerzos que nos permitan el desarrollo de más y mejores capacidades para responder ante situaciones de desastres, haciéndonos más resilientes y capaces de recuperarnos después de una calamidad. Sin embargo es conveniente discutir si podemos empeñarnos exclusivamente en fomentar la resiliencia en un modelo de desarrollo intrínsecamente enfermo e insostenible, con el fin de que, una vez que se presente una adversidad, seamos capaces de “recuperarnos” y retomar nuestros mismos niveles previos de insostenibilidad.

El reto de hoy nos debe llevar más allá. Nos debe comprometer con la intervención a fondo de las condiciones que promueven la vulnerabilidad, y motivar a controlar los riesgos existentes, a fin de evitar que estos se transformen inevitable y naturalmente en desastres “naturales” (naturales por la obviedad de su ocurrencia). Todos los esfuerzos que en este sentido emprendamos serán, como sugiere LARED, importantes y actuarán interconectados. Cada uno tendrá sus momentos y sus actores, con sus responsabilidades específicas y particulares.

Es este el camino que debemos impulsar hacia adelante y es esta la obligación moral que debemos acometer a fin de consolidar en nuestros países modelos integrales y eficientes de gestión de riesgos de desastres socionaturales y tecnológicos que impidan que a futuro sigamos siendo cómplices, por acción o por omisión de nuevas tragedias.

AL